

modar á los suyos. Debe estar también instruido en la administración.

Uno de los estudios que mas debe hacer el orador es el de los discursos de los que le han precedido. Esto tiene la ventaja de dar un tipo de creación y de lenguaje; pero entese mucho de no imitar servilmente. No puede ignorar y aun exceder á un gran orador; pero nunca será imitado con ceguera servil. Siguiendo el compás de todos sus movimientos. Un célebre escritor ha dicho: "Que el hombre sea mucho ó poco, todo ó nada." Pero que sea él, y solo él. Los discursos de Demostres, Ciceron, Mirabeau, general Foy, son buenos modelos, y no solo deben leerse, sino copiarse y aprenderse de memoria los mejores pasajes. Y no se desdén por que el este trabajo. Demostres copió á Tucídides hasta ocho veces, y bien se debe conocer en lo cortado y energético de su dición.

Sobre todo, debe meditarse mucho. Cuanto mas se medita sobre una materia, mas ideas y mas imágenes se encuentran. La cabeza del hombre es como el fuego de la lengua que devora el hierro, y por último le hace hervir. Cuando después de haber meditado mucho, se domina el asunto; cuando uno se encuentra poseído é inspirado, es llegado el momento de decir al discurso formado en nuestra mente; como dijo Cristo á Lázaro, levántate y marcha. Este es el instante solemne en que la fermentación intelectual se revela al mundo, arma la como Minerva é inextinguible como Adules. Entonces es cuando se pronuncia un bello y artebatador discurso. De las cualidades y bellezas que este debe tener nos ocuparemos en la lección inmediata.

El estudio de la medicina, de esa ciencia que es la antropía personificada, empieza por la anatomía. Así nosotros empezaremos también haciendo anatomía del discurso, para analizar y conocer las partes de que se compone. Por este razon, tan luego como demos algunas nociones generales acerca de las cualidades que debe tener la oración, explicaremos los tropos y las figuras que le dan vida y atractivo. Estas son, en verdad, el trage rico y brillante con que se visten nuestros pensamientos; trage que agrada siempre por su belleza é magnificencia, en tanto que un discurso privado de estos adornos, no es más que un discurso privado de su esencia. Esta es innamada, que nada dice á los sentidos ni nada revela al corazón. — Pero habremos ya de las cualidades del discurso, y de su fuerza y de su efecto. Nos ocuparemos de todo en la lección inmediata. Esta es muy importante, y debe procurarse con esmero. Pero no nos olvidemos acerca de su resultado. Ella no

LECCION III.

Cualidades del estilo.—Tropos y figuras.

Hoy, señores, no hay que pedir ni que esperar nada de la imaginación. La lección será puramente didáctica, rodando sobre reglas y preceptos; y las reglas y los preceptos se graban tanto mejor, cuanto mas sencillo y mas claro es el lenguaje con que se presentan. La materia es del dominio del arte, y queda á gran distancia de la esfera elevada de la ciencia. No podrá menos, por lo tanto, de ser árida, aunque yo espero que no sea enteramente inútil.

A la manera que para llegar un día á pintar un cuadro, se necesita empezar por conocer los colores y el modo de usarlos y de mezclarlos alternativamente; así tambien para formar un discurso, es necesario conocer antes los tropos y las figuras de palabra y de pensamiento, que son el verdadero colorido de nuestras ideas.

El estudio de la medicina, de esa ciencia que es la filantropía personificada, empieza por la anatomía. Así, nosotros empezaremos también haciendo anatomía del discurso, para analizar y conocer las partes de que se compone. Por esta razón, tan luego como demos algunas nociones generales acerca de las cualidades que debe tener la oración, explicaremos los tropos y las figuras que le dan vida y atractivo. Estas son, en verdad, el traje rico y brillante con que se visten nuestros pensamientos; traje que agrada siempre por su belleza ó magnificencia, en tanto que un discurso, privado de estos adornos, no es más que un repugnante esqueleto, una estatua fría é inanimada, que nada dice á los sentidos, ni nada revela al corazón. Pero hablemos ya de las cualidades del discurso.

Nos ocuparemos, ante todo, de la corrección. Esta es muy importante, y debe procurarse con esmero. Pero no nos engañemos acerca de su resultado. Ella no produce el menor efecto, ni sobre los sentidos, ni sobre las imaginaciones. Tiene solo la ventaja de evitar al orador la amarga censura que de él se hace, cuando se le encuentra incorrecto, y la desfavorable prevención que se forma, desde que se repara en que no conoce bien su propia lengua. Una de las reglas que deben observarse para la corrección, es no usar palabras nuevas que el uso no tenga todavía admitidas, ni tampoco las que á fuer de anticuadas, son, más bien que un adorno, la exhumación de un cadáver fétido. No obstante, el interés de la corrección, puede faltarse á ella, cuando esta falta excusa otras más graves y trascendentales. Digamos ahora algunas palabras acerca de la claridad.

Esta es, por su interés, la primera de las cualidades. El orador habla para convencer, para persuadir, y para

mover; mas deja de conseguir ninguno de estos objetos, cuando por su oscuridad deja de ser comprendido. Por esto se ha dicho: *prima virtus perspicuitas*, que la primera virtud del discurso es la claridad. Porque á la verdad, ¿de qué nos sirve ni qué vale que haya delante de nosotros un magnífico monumento, obra acabada de la profundidad y de la inteligencia, si está envuelto en una densa niebla, ó si le roban á nuestra vista la interposición de un bosque impenetrable, ó las sombras de la noche?

Para ser claros, la primera regla es, no hablar de un asunto hasta que se le comprenda perfectamente: y no así como quiera, sino que se le conozca en todas sus relaciones, en el orden y con el método natural que existe entre las ideas; que se le vea, como se ve un llano cuando se le examina desde una altura; que se le domine, que se tengan en nuestra mano todos los ramales de esa gran cadena, conociendo todos los eslabones que la forman, y la dependencia y enlace que tienen entre sí. Cuando las ideas se hallan en nuestra cabeza confusa y hacinadamente, no pueden menos de venirse al labio en tropel y con el mismo desorden. Pero cuando su colocación es natural y oportuna, se expresan con facilidad y acierto. Por eso ha dicho Boileau:

“Lo que bien se concibe, claramente
suele expresarse; y aun decirse puede,
que por sí mismas vienen las palabras.”

La segunda regla es, que los periodos no sean demasiado largos, ni demasiado cortos. Los primeros fatigan en vez de deleitar, y los segundos dejan vacíos, que el pensamiento del que escucha, se ve en la necesidad de llenar, lo que no puede menos de producir oscuridad.

y confusión. Los periodos, divididos siempre en una extensión proporcionada, deben mezclarse para que alternen y den variedad, porque no hay nada que fatigue tanto como la monotonía, y el advertir que todas las frases salen como vaciadas en el mismo molde, con iguales medidas y con idénticos lineamientos.

Se necesita también para la claridad, que el orador no haga alarde de ingenio. Cuando abunda en conceptos y sutilezas, no puede menos de incurrir en hinchazón; y esta es diametralmente opuesta á la sencillez y naturalidad que debe tener todo discurso. De estos oradores ha dicho La Bruyere, que tienen dos capitales defectos: uno el no tener talento; otro, el empeñarse en mostrar que lo tienen.

Perjudica mucho á la claridad, la falta de conocimientos en el orador. La falsa ciencia procura llenar este vacío con frases hinchadas, que nada significan, y que no producen sino el ruido de las palabras. Tales discursos, ha dicho un observador, se parecen á las vegigas llenas de aire, que tienen volúmen, pero no peso; y que arrojadas al agua, vagan de una parte á otra, movidas por cualquier impulso, mas sin penetrar al fondo, porque no pueden vencer la resistencia. Así, estos discursos quedan siempre en la superficie, y jamas calan hasta los senos de la razón ni hasta el fondo de los corazones, para excitarlos y para conmoverlos.

Advertiremos antes de dejar este punto, que la claridad es mucho mas necesaria en el orador, que en el escritor. La palabra se escapa en el momento mismo en que se pronuncia, y si en su veloz tránsito no la comprendemos, no hay ya poder alguno que la vuelva á nuestro oído; en tanto que lo escrito permanece siempre fijo y siempre inmutable, ofreciéndose constantemente al exámen

de nuestra vista, y á las reflexiones de nuestra inteligencia. Hablemos ahora de la concisión.

La concisión es compañera de la claridad, y uno de los medios mejores para alcanzarla. Téngase muy presente, que en la pasión, una sola palabra puesta de mas, destruye todo el efecto.

Las repeticiones, que debilitan la idea y hacen decaer el ánimo y la atención del que escucha, son faltas imperdonables en punto á corrección. Cada palabra debe representar una idea nueva, y cada miembro un nuevo pensamiento. Sin embargo de lo claro y sencillo de esta regla, se falta frecuentemente á ella, aun por los autores de mas celebridad. El P. Granada ha dicho: “¿Qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron aquellas alegrías antiguas?” Aquí el segundo miembro es enteramente igual al primero.

Garcilaso, en su égloga primera, dice:

“¡Ay! ¡Cuán diferente era,
Y cuán de otra manera!”

Hubiera hecho mejor en omitir el segundo verso, que no es mas que una fría repetición del primero.

Ciceron, aunque tan brillante, no es á las veces, el mejor modelo de concisión. Montaigne ha dicho de él, que con sus amplificaciones destruye y ahoga todo lo que tiene de vivo y de bello. El autor mas conciso ha sido Tácito; pero no es posible serlo tanto en los discursos oratorios.

Al dar por regla, que las frases deben limpiarse de todo lo que sea redundante y ocioso, naturalmente se ocurre la cuestión de cuándo deben ponerse y cuándo evitarse las conjunciones copulativas. Se omiten, por máxima general, cuando se quiere que el pensamiento pase

velozmente sobre los miembros del periodo, cuando se desea producir, en vez de meditacion, calor é impetuosidad. Así, aquellas palabras de César: "Llegué, ví, vencí," expresan con mas energía la rapidez de la victoria, que si se hubiese usado de la partícula copulativa. La misma observacion se encuentra aplicada por Fray Luis de Leon, en su profecía del Tajo:

"Acude, corre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano."

Mas cuando por el contrario, se quiere que el pensamiento se detenga en cada una de las frases y de las ideas, que marche pausadamente, y que multiplique, por decirlo así, los objetos, aunque sean simultáneos, entonces se usa de la copulativa, y hace un grande efecto. Fernando de Herrera, en su elegía á la muerte del rey D. Sebastian, nos ha dicho:

"Y el Santo de Israel abrió su mano.
Y los dejó, y cayó en despeñadero,
Y el carro, y el caballo, y caballero."

No es menos acertado el uso de la copulativa, en los siguientes versos de un autor recomendable:

"Acometen con ánimo inhumano;
Y degüellan al padre,
Y á la madre, y al hijo, y al hermano"

Otra de las cualidades que deben notarse en el discurso, es la facilidad. La oracion debe tener todas las bellezas posibles; pero de modo que parezca que nacen

espontáneamente en la boca del orador. Esta es una regla que no tiene excepcion, ni en lo moral, ni en lo físico. Sufrimos siempre en lo que creemos que los demas sufren ó han sufrido. Y no se suponga equivocadamente, que la facilidad es un don natural que nace y se desenvuelve con el hombre; se adquiere con el trabajo y continuo ejercicio, porque no es una cualidad aparte, sino la perfeccion de todas las otras. Todo el secreto para la facilidad, está en estudiar y meditar la materia, hasta hacérsela familiar, porque cuando se llega á esta posesion, todo es claro, fácil y fluido.

Ademas de estas cualidades, hay otra de sonoridad y cadencia, de mucho mérito é interés. Esta es la parte musical del discurso, que se llama armonía, y mas propriamente, melodía. Y no se crea que halaga solo al oido; penetra hasta el espíritu, y aun habla á las imaginaciones. Ciceron y Quintiliano nos hacen ver hasta qué punto encantan los finales armoniosos. La armonía depende siempre de la eleccion de las palabras, de su colocacion, y de la forma y duracion de los periodos. Entiéndase por regla general, que todo lo que es difícil y áspero al pronunciarse, no puede menos de producir una impresion desagradable cuando se oye. Ciceron quiere que la armonía resalte en el principio y fin de los periodos; mas fuerza es confesar, que la lengua de los latinos se prestaba, mas que la nuestra, á este género de belleza. Y no se pretenda, para ser armonioso, dar á la prosa el tono de la poesía. Este es un error que lleva á la afectacion. Ciertamente se pueden aprovechar los mismos medios, pero en diferente escala.

Hay, ademas, una armonía aparte, que se llama imitativa, y que merece que de ella se digan algunas palabras. Consiste en valerse de la voz que imite el obje-

to que por ella se quiere representar. Así decimos: el murmullo del arroyo, el susurro del viento, el balar de la oveja, el mugir del buey, etc. Debe notarse ante todo, que esta armonía no se traduce; porque consistiendo en el sonido que forma la palabra, desaparece en el momento en que esta se cambia, para hacer pasar la idea de una lengua á otra. Esta armonía, cabe solo en los objetos físicos, y en los movimientos; pero nunca en los objetos abstractos. Sin embargo, reglas hay para acercarse al menos, al efecto en estos últimos; y así, las ideas de virtud deben expresarse con palabras llenas de dulzura, las de gloria con palabras brillantes.

El fin y el deseo del orador es siempre producir efecto. Para que pueda conseguirlo, es necesario advertir, que aquel depende, muchas veces, solo de la colocacion y giro de las frases. Bossuet, en su oracion fúnebre á la muerte de la reina, dice: “¡Oh noche desastrosa! ¡noche terrible! en que corria como una exhalacion la desconsoladora nueva de “la reina se muere, la reina ha muerto.” Inviértase el órden de la oracion y de las frases, y se verá que desaparece todo el encanto. Dígase: ¡oh, noche desastrosa! ¡noche terrible! en que la desconsoladora nueva de “la reina se muere, la reina ha muerto” corria por todas partes como una exhalacion.” ¿Qué habrá quedado entonces? Una locucion comun, lánguida, fria: una cosa que no llama al corazon, ni conmueve las imaginaciones. El efecto todo habrá desaparecido. Este consiste tambien, en gran manera, en la forma que se da á la oracion, ya sea expositiva, ya interrogativa, ya en cualquiera de los otros giros que puede admitir el pensamiento.

Las formas grandes no deben usarse nunca para las ideas pequeñas, ni al contrario; porque en el primer ca-

so, se incurre en una afectacion ridícula, y en el segundo, en una puerilidad lastimosa.

La observacion y la meditacion hacen hallar en los objetos ideas adecuadas y convenientes, que suelen escaparse á primera vista, y que no están al alcance de los entendimientos comunes.

Cuando los pensamientos son dictados por la pasion, llevan el sello de la inspiracion verdadera. El arte, pues, consiste en hallar las ideas mas convenientes al asunto, y el lenguaje mas conveniente á las ideas. Entonces es solo cuando se habla en el tono debido y proporcionado; entonces es solo cuando se pinta lo humilde con humildad, y con sublimidad las cosas sublimes. Pásemos ya á ocuparnos de los tropos y figuras.

Los autores han contado en el número de los primeros, la metáfora, metonimia, sinécdoque, ironía, hipérbole, antonomasia y alegoría. Nosotros los reduciremos diciendo desde luego, que la metáfora, la comparacion, aunque no sea propiamente tropo en su forma ordinaria, y la alegoría, son una misma cosa en el fondo, aunque con diferente extension y desenvolvimiento.

La metáfora consiste en trasladar una palabra de su significacion propia, á otra agena, aunque con semejanza. Así decimos: “la mañana de la vida, el invierno de la edad, el báculo de la vejez, la columna del Estado.” Pero no queremos contentarnos con citar palabras sueltas, y preferimos exponer modelos en que todas estas bellezas se encuentran apiñadas. Tomaremos el primero del canto á *Teresa*, de Espronceda, en su obra titulada “*El Diablo mundo*.” Pintaba las horas felices tejidas por el amor, al lado de una muger adorada, en quien miraba todos los encantos de la hermosura y de la virtud. Decia despues, que estas horas fueron segui-